



La Vargas. Un musical sobre Chavela.
Dramaturgia y dirección: Leo Rizzi
Intérpretes: Mona De Marco, Karina Levine
Vestuario: Mona De Marco
Iluminación: Federico Cordeiro
Música: Bruno Viviani
Prensa: Majo Garufi
Producción: Tomas Heck
Gráfica: Carpincho López
Duración: 70 minutos

PALABRAS CLAVE: CHAVELA VARGAS – MÚSICA – MÉXICO – PATRIARCADO
KEYWORDS: CHAVELA VARGAS – MUSIC – MEXICO – PATRIARCHY

La Vargas, primera cantante que le cantó a una mujer

Pablo Cardozo¹

“El que no sabe de amores, llorona, no sabe lo que es martirio”... Chavela, interpretada por Karina Levine, canta esta canción originaria del Istmo de Tehuantepec, mientras deja ver en su mirada el martirio de vivir toda una vida atormentada por permitirse amar. Este musical, inspirado en la vida de Chavela Vargas, escrito y dirigido por Leo Rizzi (dos veces ganador del Premio Hugo Federal), se sitúa en el año 1994, en la noche de la legendaria presentación de La Vargas en el teatro Olympia de París, donde la chamana es entrevistada por Lina (periodista del diario argentino *La Nación*), interpretada por Mona de Marco.

¹ Teatrista y estudiante de segundo año de la Tecnicatura en Actuación Teatral en la Escuela Municipal de Artes Dramáticas, Angelina Pagano. Mail de contacto: infoanimaniak@gmail.com



Mona De Marco en el rol de Lola Beltrán. Fotografía gentileza del elenco.

La cantante –amante de la música, el tequila y las mujeres–, nos cuenta su vida, apelando a una mixtura de recuerdos con sus clásicas canciones, que juegan un papel muy importante en el desarrollo de la obra. Las cautivadoras voces de Mona y Karina (quien ganó un Premio Hugo Federal a la Mejor Interpretación Femenina por su trabajo en este musical), combinadas con las melodías interpretadas por Bruno Viviani, que acaricia las cuerdas de su guitarra en vivo, nos invitan a sumergirnos en la historia de lucha y superación personal de una mujer que canta y ama con pantalones.

Llamada Isabel al nacer, en 1919 en Costa Rica, la cantante se apodó Chavela, a sus cuarenta años. Esa *cabrona* se sentía mexicana: “...los mexicanos nacemos donde se nos da la re chingada gana”², afirma Chavela en su entrevista con la periodista de *La Nación*, dando por sentado que la identidad, ante todo, es elección propia. La elección de la identidad también se puede apreciar en esta puesta en escena, donde los cambios de vestuario suceden en el escenario, frente al público, transluciéndose a través de un telón blanco. Así se establece el código perfecto para que, tan solo con dos actrices, podamos ver distintos personajes, La Beltrán, Frida Kahlo y una Chavela que va reafirmando sus convicciones con el pasar de los años, cantándole a sus musas y mandando *a la chingada* a quien no la aceptara.

² Todas las citas corresponden al texto de *La Vargas*, inédito.



Karina Levine como Chavela Vargas. Fotografía gentileza del elenco.

Chavela le canta a sus musas y mientras es inspirada por esas mujeres, incita a otras a rebelarse contra una cultura de género que poco sabe de amor. Su valentía, teñida de irreverencia, le abrió puertas, pero también le cerró muchas otras. Nadie se resistía a su canto y, mucho menos, a su encanto y, mientras más enamoraba, más era dejada de lado por un México que concebía a las mujeres con embozos, trenzas y los brazos en jarra. Tal vez, estas fueron algunas de las razones por las que “La Beltrán llenó quince Bellas Artes y La Vargas ninguno”, dice Chavela a la periodista, aunque nunca lo sabremos. Lo que sí sabemos es que su perseverancia y su canto, la ayudaron a luchar contra una sociedad patriarcal.

Mediante su arte, Chavela creó un mundo donde su identidad era posible; y es con arte que se la homenajea en esta hermosa obra de teatro en la que con música en vivo, efectos lumínicos y un muy buen criterio escenográfico, que incluye *papel picado* (las guirnalas mexicanas hechas de papel de China calado, usadas para adornar festividades, simbolizando el viento y la alegría en movimiento), un tocador con velas y fotografías que denotan intimidad, un sillón con un tocadiscos a su lado, y una suerte de escenario ficcional, dentro del real, delimitado por dos patas a sus lados y guirnalas de lámparas que cambian su color, al frente. Estos artificios crean la atmósfera perfecta que nos invita a adentrarnos en un mundo mágico, permitiéndonos conocer un camarín que parece un santuario, la mismísima Casa Azul de Frida Kahlo y viajar desde México a París, de un escenario de mala muerte en Acapulco al mítico Teatro Olympia donde La Vargas, en octubre de 1994, le

cantó a una platea llena, con sus pantalones bien puestos, marcando un antes y un después en su vida.

En este México teatralizado, presenciamos la noche en que una niña y una mujer subieron juntas al escenario; Isabel y Chavela se tomaron de la mano y por primera vez pudieron sonreírse mutuamente. Juntas cautivaron a un teatro entero y nos enseñaron a ser nosotros mismos y a nunca dejar que nos digan cómo tenemos que ser.



Karina Levine como Chavela Vargas. Fotografía gentileza del elenco.